

Poemas

José Daniel M. Serrallé

861.6

SER

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5106353617

Col·lecció Poesia de Paper

109

Poemas

José Daniel M. Serrallé

Palma, 2000

© del text: l'autor, 2000

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 2000

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro, Perfecto Cuadrado i Albert Ribas

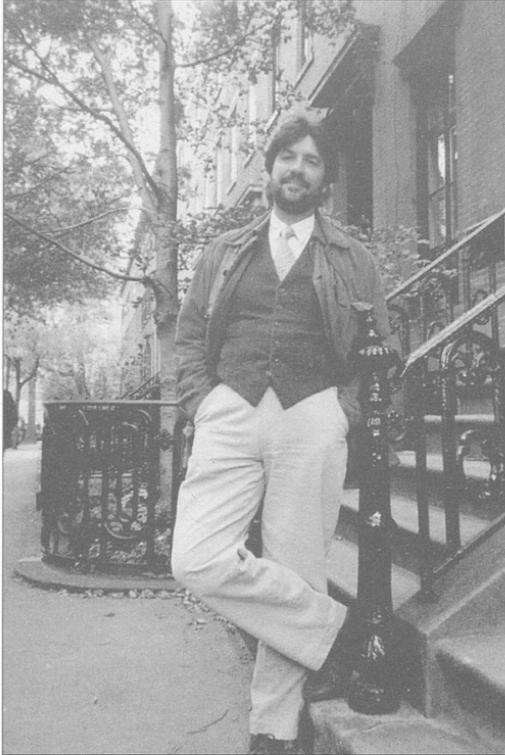
Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Carrer de Jaume Balmes, 39 i 43. 07004 Palma

ISBN: 84-7632-620-3

DL: PM 2041/-2000



Fotografía: Charo

José Daniel M. Serrallé nace en Sevilla en 1959. Hasta la fecha ha publicado tres libros de poemas: *Salón de embajadores* (El Mágico Íntimo, 1984), *Luna en la niebla* (Renacimiento, 1991) y *Aves nocturnas* (Renacimiento, 1997), y un libro en prosa de paseos por la memoria titulado *Arcadias sevillanas* (Diputación de Sevilla, 1999).

Articulista y crítico ocasional en diversos diarios y revistas, de su trayectoria profesional destacan la dirección de la revista de cultura *El Siglo*

que Viene en sus dos primeras etapas (1987-1996), y la organización de numerosos programas literarios y culturales como el encuentro “30 años de poesía española”, el Ciclo en torno al centenario del cine “El sueño eterno”, o los recientes homenajes a Jorge Luis Borges “El oro de los tigres” y a Antonio Machado “La palabra en el tiempo”.

LUCES

Toda época es oscura.

Y la vida puede —como
parece lógico— diluirse
en esa oscuridad
o guiarse terca hacia el espacio claro.

No hay suerte nunca. Mas,
si es el tuyo el segundo
de los caminos, no apartes
tus ojos de aquellas luces
que en el horizonte para ti perduran.

OTRA NOCHE AMERICANA

A la memoria de François Truffaut

La madrugada pudo encontrarnos

todavía serenos, con ganas de estar juntos.

Siguieron horas

en que encharcar esos vacíos

con la amistad y los vasos

sobre la mesa, desquitarnos

por un rato de lo solitaria que la vida

va resultando, y del cansancio

también de amarla cuando difícilmente

somos correspondidos.

No sé vosotros, pero yo deseaba

una noche sin fin,

e inacabable aquel estado

del alma —cuando el mundo ya no opone

sus desdichados rostros a la concordia—,

y dormirnos en el frescor

de la terraza, borrachos y juntos,

menos huérfanos.

Pero está visto que todo es

un adiós interminable,

y la perfecta noche tuvo

su adorno canalla:

solo en la avenida, aguardando un taxi.
¿Dónde estabais entonces vosotros?
Seguramente ya dormíais
y yo atravesaba aún la ciudad
oyendo morir nuestras risas en cada esquina.

Ahora estáis demasiado lejos
para poder deciros lo estupendas
que fueron aquellas horas, cuánto
dolor sentí por todos nosotros
y os amé
en aquel taxi.
Mejor así. Después de todo no
lo comprenderíais
y voy acostumbrándome también
a un cierto y sordo silencio.

Y si escribo estos versos,
donde no cabe enmendar ni repetir el destino,
es porque todas las noches tienen
algo de puta, de ciudades caídas, de loca
certeza con que encarar la muerte.
O quizá porque también los poemas
son más armoniosos que la vida.

REGRESARÁS A SEDRA

I

Sobre la ciudad se tiende
el mediodía más cálido.
Como alguna otra vez
que de tu memoria se ha perdido
y algo misterioso te devuelve,
y reconoce en las encendidas
azoteas una felicidad antigua
y nueva también.

II

Tiempo de alto sol, apenas
tiempo, como una infancia.
¿Qué decís, árboles, fuentes?,
¿qué murmuran los pavos del parque?
Esta paz que nombráis amo.

TO TAKE IN DRAUGHTS OF LIFE

*“mas fue para vivir: para beber
a sorbos la vida”*

John Keats

¡Ah noches que fuisteis,

En la luminosa juventud, decorado perfecto
Del vivir (recuerda: Canta
Sara Vaughan “Day Dream”
Y es como derramarse, maravillarse
hasta el fondo de nada). Y vosotras, frías
tardes de invierno, pasos del viento
helado de la soledad, lunas tempranas. Ah vida, vida!

Como nosotros
en el mar, o en aquel cine, en cuántas
camas, amándonos
felices, mezclando en el derroche
del deseo el sudor y el brillo
de nuestros cuerpos...

Y cuántos otros
momentos en los que existir no podía
ser otra cosa que el fulgor de un instante
viéndonos pasar, el empeño
loco en la meta que habrá
de borrarlos.

Pero eso no importa.
Los violines, las notas de algún piano, las melodías
fijadas para siempre
a nuestra historia
como el horizonte perlado
del mar: allí
nosotros, amigos viejos, hablando, riendo, tomando
en nuestras manos los ángeles
de la felicidad
mientras el vino lame
la orilla de la noche.

Oh, y mira
tu ciudad, contempla
sus formas, su luz, sus jóvenes
mujeres. Piensa que en ella
tiene aún su sitio la vida, un cierto
sentido, a pesar de lo innoble
de este tiempo, a pesar de todos
y de todo.

Es lo único que nos queda, la alegría
de vivir, nosotros mismos y cuanto perdidamente
amamos. Es ahí donde estamos a salvo.
Ahí y en la lealtad que a esa luz
sepamos mantener. Siempre
agitados, siempre vivos
como el resplandor de una luna en la niebla.

EN LA VÍSPERA

Cada partida es
absolutamente distinta,
hay algo de la vida siempre
que en esa hora se acaba, una
despedida, y algo nuevo
que parece aguardarnos en la lejanía.

Países, ciudades, lugares
queridos antes incluso
de llegar a su encuentro.
Allí una noche, la compañía,
puede que la contemplación
de alguna calle o de cierta iglesia,
poseen el curso
de nuestra historia. Amo
ese misterio, la emoción profunda
de los viajes, el juego y el riesgo
de saber que mi vida
no será la misma al regreso.

ANOTACIONES DEL VIAJE

*“Bajo una
luz que te funde
con todo, te une a todo”*
José María Álvarez

Mirad, por ejemplo, esta escena:

La luz de un mediodía
del Sur. En una calle
(la ciudad no importa)
van dibujándose los contornos
de un cierto pacto con el mundo.
Hay bajo el fuego un bullicio
de vida ociosa y suave,
brillo dorado de cerveza en las manos.
Se habla y se ríe, se aprecia
también beber en silencio.
Las miradas se cruzan como indicios
sin malicia, abiertamente,
y las muchachas se afanan
en los roces, se dejan como gatas
en el ronroneo de las antenitas.
No hay soledad, sino que rige
un natural acuerdo sobre qué sea
pasar el tiempo,
complicidad con la vida.
En la certeza de que ahí está todo

cuanto acaso es necesario
comprender, crece sereno un orden
sencillo, como la claridad por el aire
denso de algunas telas exquisitas.

(De *Luna en la niebla*)

LA ROSA ENCENDIDA

Unos ojos —humanos ojos claros—

no pueden ser como dos velas blancas
en el horizonte del mar, inmóviles
bajo el sol de fuego del mediodía.

Allí, donde los ojos de algún perro
mirarán fijamente el largo rato
que va de hoy a mañana, del verano
al invierno, del recuerdo al olvido.
Allí, donde brilla el sol más alto
como una rosa encendida, imagen
del mundo temprano y el pecho henchido,
de la lluvia y los besos calle abajo.

Allí, sí, con qué fiereza nos tiemblan
los ojos, siempre de ayer a mañana,
ardiendo la mirada en ese instante.
Allí. Por esa luz tan pronto ciegos.

ES TANTO LO QUE SORPRENDE

Es tanto lo que sorprende, lo que a la vida nace
sin ser nuevo. La luminosa mañana
de claras transparencias y aire tibio
que amas en otoño; tu madre, un gesto
suyo, la antigua ternura de ese gesto;
el sabor de una noche gastada en mil noches
o el azar que en sus ojos no es locura
ni espejismo en su carne;
el verso que recuerdas y el que late;
la risa y el viento; la sombría
tarde de invierno en un bar
cualquiera: esa soledad, y el misterioso
mar y la música misteriosa; ciertas calles, ciertos
sueños; la conversación y las copas
que de repente traen el tesoro
de la amistad, la silenciosa compañía...

Abandónate también a esta sorpresa,
y mira ahora —porque pasará— tu vida
como una rueda de luz. Y aunque sepas
que toda existencia guarda
la sombra precisa de sus dones, déjate,
arde en este instante tuyo, verdadero.
Pues no hay en ti otra eternidad
que saber que realidad y sueño son

la misma niebla, y adentrarte, perderte,
en ella con manos serenas: un hombre
tan sólo, preso del mundo, dispuesto a vivir.

CRÉEME CUANDO TE DIGO

A Luis Alberto Moreno Serrallé

Ninguna vida acoge su destino.

Quien lo conoce, más pronto que tarde
desea otros puertos, lunas más blancas,
hasta desfigurarse en los espejos,
y nada puede en verdad quien lo ignora,
como un soplo en el viento de otoño.

Al final, todos somos una sombra,
un rostro vago, algo que nos suena.

Créeme, pues, si te digo que nada
hay como el destino soñado, cómplice
nuestro siempre, y que a él sí podemos
entregarlo todo, por él perderlo.

Créeme cuando te digo que basta
con apostarse entero en cada sueño
(con ese aire entre sentimental
y pirata con que gusta de salvarnos
la memoria), mirar el mundo todo
como esa tarde que tiembla en los ojos,
para que la vida, al menos, no logre
humillarte, tu propio desprecio.

Lo que quisimos ser y lo que somos
se tejen lentos de la misma niebla.

Créeme, para nada importa el resto.

ERA A COMIENZOS DEL INVIERNO

Era a comienzos del invierno.

Una tarde cualquiera, dejábamos
pasar el tiempo lentamente, en silencio,
cada uno a un lado del salón,
abandonados a esa atmósfera cálida
que crecía con la música y la urgencia de la noche.
Yo leía y tú hurgabas sin miedo
en el pasado, mirabas viejos papeles, fotografías,
mínimos objetos que aparecían de pronto
descubriéndote una sonrisa, un suspiro de emoción.
Sin saber por qué, alcé los ojos
y miré tu figura ensimismada, esa luz
que como una estrella en ti resplandecía, bellísima, ajena a mí,
velada en la estancia y en aquellos segundos
como la heroína dorada de una pintura,
y supe que era la vida, o una imagen
al fin poderosa, equilibrada y fértil de la vida,
lo que en esos momentos contemplaban mis ojos.
Te vi y nos vi, en la serenidad
de aquella hora, como cómplices involuntarios
del mismo sueño, seres que en sus manos
tomaban el don que se les ofrecía
arrastrados por la fuerza de un viento implacable.
Y entonces creí —y aún lo creo— que esa
claridad, ese brillo que acaso un día no reconoceremos,
podría compensar todo el dolor

de nuestras vidas, toda la desdicha,
como si algo o alguien hubiera errado
al apostarnos contra el azar para siempre.

EL TIEMPO ES EL RECUERDO, DICEN

El tiempo es el recuerdo, dicen,
y que el significado de nuestros días
como en el azar de un juego se esconde
entre las huellas de pasos perdidos.

Yo ahora sé que eso es cierto
—quizá siempre lo supe—, y que hay un pasado
aguardándonos distante del futuro,
y otro que vive en el alma como un eco.

Entre ambos estamos nosotros:
entre el árbol donde se aupaba la infancia
y las calles y voces que no sabemos.
Pero qué sentido encontrar, entonces,

al alto rosal floreciendo,
el beso junto al muro, el solitario
instante de la playa, a ti y a mí ebrios
bajo una noche de plata, no lo sé.

Si sólo desaparecido
puede el presente medirse, y ya no es vida
desnuda y virgen la vida del recuerdo,
algo de ciego tiene el sol en la tarde,

y cada momento la imagen
de una habitación con paredes de niebla,
y la suma de años, sueños y experiencias,
el rostro helado y negro del olvido.

ROSEBUD

Si alguna vez alguien amado te llevó

de la mano a pisar la tierra en sombras
del quieto olivar silencioso, y cogiste, en el azul
de una tarde cualquiera, al pasar de vuelta a casa,
un fresco jazmín, y llevándotelo a la boca
jugaste con él entre los pequeños dientes
y su aroma duró aún en la noche oscura.

Si alguna vez, junto al fuego y los tuyos,
habitar la casa fue como habitar
tu cuerpo, y puede que hasta una mañana,
tras el largo baño en la piscina a solas,
dejaras con ojos cerrados que el sol más alto
acariciara con dedos de luz tu pecho húmedo.

Si alguna vez fuiste feliz sin sentido,
absurdamente, pues tu felicidad desconocías:
el tiempo era ese calor de la vida,
ese orden sencillo de guirnaldas, música y sonrisas,
de parejas bailando y besos robados, de niños al acecho
de la luna secreta de la madrugada.

Si alguna vez fuiste quien yo fui,
o creí ser, o creo haber sido, eres entonces
el que ando buscando en huraños espejos, por las horas
sin eco del insomnio; a quien persigo calladamente

en los concurridos salones, bajo el polvo
que da a las cosas su esencia de recuerdos,
sólo por ver si aquella dicha dura en ti,
si fue real y hubo verdad en cuanto ahora amo
y no son sino sombras esparcidas: el olivar
y el fuego, el agua y el jazmín, la noche y su alegría.

CONTRA EL OLVIDO, CONTRA EL RECUERDO

La noche sudada de unos cuerpos contra otros,
del lento alcohol y las lenguas dulces;
la noche violenta de las esquinas; la suave noche
del camino solitario a orillas del río;
la noche triste del velatorio; la noche del sueño;
la iluminada noche de la música y la noche
coronada de versos; la noche extranjera;
la noche infame del insomnio; la deseada y limpia
noche de la amistad; la noche del amor bajo la luna
y la noche perdida y la que nunca existió.
Todas, todas las noches de mi juventud
viven amuralladas en la memoria, allí vagan,
y esa inexistencia suya va oscureciéndome el pecho,
y sé que nada en verdad puedo contra ellas
que la vida no haga luego prenda de amor.
Que sólo en mi olvido, al fin, está su olvido,
como en el pájaro caído el descanso del aire.

AVES NOCTURNAS, IV

Es tan largo el invierno, cuando dicen
que la nieve baja como copos de pelo encanecido
y el frío pone durante las madrugadas
brillo de hielo en las estatuas, y está aún tan por delante,
que no hay esperanza suficiente para aguardar la primavera.
¡Salud, entonces, árboles dorados, luz benigna
de las tardes! ¡Salud, fresca transparencia del aire!
¡Salud!, encalmadas calles por donde murió el verano
y un niño ahora regresa a la escuela,
y ordena el dependiente su mostrador barnizado
y el camarero dispone los veladores en la terraza,
se dirige su despacho el funcionario de carrera
y vuelve el enfermo a su hospital y el camello
a su esquina y el vigilante padre de familia
de tan buen ánimo vuelve cada noche a su secreto asesino.
Va para cinco años que no llueve en la ciudad,
y nadie cree, sin embargo, que éste vaya a ser diferente.

Parece, en fin, que resistir es todo, igual
en la paz de la estancia a solas una tarde de lluvia,
cuando la calidad de la luz y el paso travieso
de las gotas por la ventana nos llenan el alma de ternura,
que en la noche negra del dolor y el desprecio
de uno mismo. Como si la vida hubiera
levantado para siempre su campamento,
y midiéramos las nuevas tierras extendidas

ya sin deseo, con la flor del recuerdo entre los dedos.
Ah muertos o ángeles del otoño: aquel joven poeta,
el que se desvivía en pasar las bandejas
pensando que la fiesta se aburría como una puta entre yuppies,
al que decían: “conviene ahora que vayas colaborando en algún
periódico, date al ensayo, la crítica, ordena el arte
como una novela, empieza tus memorias”,
y él gritaba: “oh, habrá que buscar algo
que joder urgentemente, cualquier
cosa, un vaso largo con hielo”, hoy, mucho más
sensato, cree que nada podrá hurtarle
la belleza, arrebatarle ese placer del conocimiento,
que podrá alumbrar con esos dones y ser útil
a las organizaciones ciudadanas y hasta a un gobierno
razonable, y se siente seguro entre las cabezas
brillantes, entre las risitas cómplices y los gestos
de indudable apostura, y descorcha botellas de buen
champán francés en el local de moda
donde se ha presentado su último libro...

Hay un dolor del recuerdo, que es la nostalgia,
y un dolor de la muerte que es la vida, Beatrice,
Beatrice Cenci, nuestra juventud en aquella sala fría
—museo de la via Quattro Fontane, Roma—,
tu rostro como la luna de los catálogos
y Tom Waits cantando “Blue Valentine” y el hermoso
septiembre trayendo nuestros restos como un aviso.
El dolor del recuerdo y el dolor de la muerte.

Porque no es ya, querido lector, resistir en pie
como la cancela herrumbrosa del jardín antiguo,
esperando la mano que haga rechinar sus goznes;
no ya comprender, sino que alguna vez podamos todavía
sentir la vida en los poros como un aire
inflamado, el estremecimiento de unos ojos
que en la tarde cruzan y nos empujan hacia el asfalto,
la palpitación de la carne más animal
y libre. Porque no es ya, ni tan siquiera,
perseguir una felicidad esquiva, sino poder abandonarnos
frente al mar, borrachos, en paz —un puñado
de corazones a la deriva—, y volver a sentir aquellos vientos
elevando nuestra alma hacia las estrellas, uno
de aquellos momentos de rara comunión.

¡Ah Beatrice, Beatrice Cenci! Bajo la noche
que sobre la tierra extienden calladas aves de paso,
ningún otoño es llanto ocre por la vida perdida
sino la rabia inútil de un existir incompleto.
Pero con qué esperanza aguardar la azul primavera.

(De *Aves nocturnas*)

donde la tarde huye entre risas
haciendo añicos los escaparates.
Con su aire de niña recién follada,
con su fama romántica envejecida.

La tarde aquella todavía inmóvil
como un gesto que se congela —diría
que oliendo aproximadamente
a podrido.

Y hay una voz
cantando algo que he olvidado
en una casa que no recuerdo, junto
a un mar en el que nunca estuve,
bajo la luna virgen y blanca.

Qué fueron los años, nadie lo sabe.
Ni el sentido de tener que aceptar,
como se acepta un triste compromiso,
igual que la noche su carne cansada,
la vergüenza y el miedo de ir adivinando
un nombre escrito en el mármol.
(Que la muerte se nos lleve, de
acuerdo, pero qué agradecido crimen
su lengua de puta enferma
cuando somos aún dignos rivales.)

No lo recuerdo, pero sé que un día
mudose patética esta costumbre

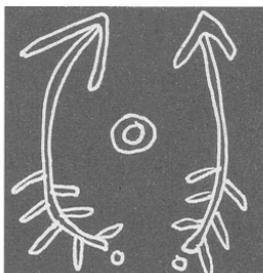
de cantar la vida, emoción de saldo.
Porque hay algo siempre de ridículo
sueño, de cuarentón ignorado
al fondo de ciertos cuerpos y locales,
en el modo en que uno puede
seguir amando el misterio.

Y esa quincalla de feria que resulta
la inteligencia cuando se ha vuelto dócil,
como la mar caldosa de julio.
Y esa nada que crece en la memoria
ajena al agua roja de tus labios.

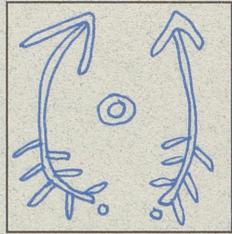
El paisaje lunar es ya una hermosa fotografía.
Seguramente es allí donde las bestias nos esperan.

(Inédito)

L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura «Sa Nostra»
el dia 20 de novembre de 2000



71. ANTÒNIA ARBONA. *Cadència*
72. JULIO MARTÍNEZ MESANZA. *Fragments de Europa. 1977-1997*
73. TEOBALDO A. NORIEGA. *Ars Amandi*
74. BERNAT NADAL. *El fràgil desig*
75. ENRIQUE BADOSA. *XXIV Sonetos*
76. RAFAEL DE CÓZAR. *Poemas*
77. DIEGO DONCEL. *Poemas*
78. JESÚS MUNÁRRIZ. *Oficios varios*
79. NARCÍS COMADIRA. *Poemes*
80. SEBASTIÀ VIDAL. *Poemes*
81. ARCADIO LÓPEZ-CASANOVA. *Mester de poeta [1969-1999]*
82. VICENT BERENGUER. *Prova d'actor*
83. VICENT ALONSO. *Poemes*
84. ANTONIO PIEDRA. *Argumento de la cal*
85. OLVIDO GARCÍA VALDÉS. *Poemas*
86. JOSEP M. MARTÍNEZ ANGLES. *Poemes*
87. AURORA LUQUE. *Cuaderno de Mallorca*
88. LLUÍS URPINELL-I-JOVANI. *Poemes*
89. JACOBO CORTINES. *Paisaje en el tiempo*
90. XOSÉ MARÍA ÁLVAREZ CÁCCAMO. *Poemas*
91. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ. *Poemas*
92. FRANCESC FLORIT NIN. *Memorial dels ulls*
93. MARC GRANELL. *Selecció de Poemes*
94. ALMUDENA GUZMÁN. *Poemas*
95. MIGUEL ANÑO FERNÁN-VELLO. *Poemas*
96. DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ. *No más que la mañana [Poemas, 1986-1999]*
97. PILAR PALLARÉS. *Poemas*
98. ANTONI MARÍ. *Poemes*
99. JUAN MANUEL VILLALBA. *Poemas*
100. ANTONIO CARVAJAL. *De Flandes las campañas*
101. VICENÇ LLORCA. *La plaça de la poesia*
102. FERNANDO DELGADO. *Sobre el amor y sus contrarios (Antología)*
103. JOSEP PIERA. *En el nom de la mar..., i un inèdit (1991-2000)*
104. FRANCISCO CASTAÑO. *Del decorado y la naturaleza*
105. PABLO DEL BARCO. *El mirador de silencios (Antología)*
106. JOSÉ HIERRO. *Poemas*
107. PERE JOAN MARTORELL. *Després del silenci*
108. BASILIO RODRÍGUEZ. *Breve antología poética (1983-2000)*



Universitat de les
Illes Balears

ISBN 84-7632-620-3



9 788476 326206

"SA
NOS
TRA"

Obra Social
i Cultural